

RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS

BERENZON Boris, Georgina CALDERÓN, *Historia de la historiografía de América 1950-2000*, tomo I, “Historia de América del Norte”, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, 2009.

Historia de la historiografía de América 1950-2000 coordinado por Boris Berenzon y Georgina Calderón, es un libro de suma importancia que cumple varias tareas de extrema utilidad, no sólo para historiadores, sino para un público más amplio.

Hacer historiografía de toda Norteamérica en un libro, significa una ruptura con un mito del pasado que no se sostiene en una época en que se globaliza, no sólo la economía, sino la cultura también.

Durante largos años existió la tesis, que aún encontramos en enciclopedias prestigiadas como la Británica, de dividir a América en dos continentes: América del Norte (anglosajona y francófona) y América del Sur o Latinoamérica. Esa división que no tiene justificación geográfica; deja a Centroamérica, que representa una parte de México, en el purgatorio. Es arbitraria, falsa y nociva. A lo largo de milenios, hasta 1491, los nativos del continente tuvieron una historia original y diferente a la de los habitantes del resto del mundo. Durante largo tiempo, los europeos llamaron a todo el continente América, el Nuevo Mundo, Las Indias o Las Indias Occidentales. No hay razón plausible para dividir el continente en dos.

Otra versión del mismo mito sostiene que las tres civilizaciones de nuestro continente tienen poco en común. Mientras que la anglosajona y la francófona son parte de lo que se ha dado en llamar la *Civilización Atlántica*, América Latina pertenece a otra civilización, la *Hispanoamericana*, que tiene rasgos muy diferentes. En el programa del doctorado en historia de la Universidad Internacional de Florida, y en libros de historia escolares norteamericanos que reflejan la misma posición, se sostiene que el Océano Atlántico ha sido el corredor de intercambios espectaculares de gente, tecnologías e ideas, que permite estudiar Europa y Norteamérica como una unidad. De hecho, cuando se habla de Europa se piensa principalmente en Holanda, Inglaterra y Francia. La realidad contemporánea ha hecho añicos esta otra manifestación del mismo mito. Como prueban los ensayos sobre diplomacia de Patricia Galena, Patricia Eugenia de los Ríos y Julián Castro Rea, la suerte de nuestros países en el Norte y el Sur del continente ha estado entrelazada desde hace mucho. Ni latinoamericanos, ni estadounidenses hemos podido olvidar o minimizar los intereses comunes y las diferencias profundas. Es un acierto de Boris Berenzon y de Georgina Calderón tratar la historiografía de los tres países de Norteamérica sobre temas diferentes

en el primer tomo que posteriormente abarcará toda la historiografía de América.

El artículo de Axel Ramírez, “La historiografía chicana de la segunda mitad del siglo XX”, así como el de Alex M. Zaragoza, “Las polaridades de la cultura en Estados Unidos de los años sesentas a los noventas”, hablan también de un fenómeno que marca la segunda mitad del siglo XX. El fenómeno de la presencia cada vez más importante y singular de la gente y la cultura de Hispanoamérica dentro de los Estados Unidos. Eso es, de un inmenso tráfico de gente, culturas y costumbres, del sur a norte dentro del continente.

Otro acierto es haber dado por límites a los ensayos los años de 1950 y de 2000. En este periodo, la historiografía se ha vuelto en México y en otros países de América Latina una verdadera disciplina académica, con cientos o miles de participantes activos, cosa que no existía antes de 1950. Hasta entonces, sólo individuos y, muchas veces, por su propia iniciativa, podían escribir historia. Por lo tanto el libro se convierte en una visión del surgimiento de una historiografía cada vez más nutrida, diversificada y mejor relacionada que antes.

El tercer acierto, y no es el menor, son los temas escogidos: historiografía diplomática; geografía histórica; historia de la cultura; movimientos indígenas y campesinos, historiografía política; regional; visual; de derechos humanos; de género e historiografía del patrimonio cultural. La mayoría de ellos, temas relativamente nuevos. Exploraciones en campos poco trabajados con anterioridad., escogidos para, como lo dicen los coordinadores “establecer las bases... para un paradigma historiográfico, interdisciplinario, que permita explicar los hechos que atienden al tiempo y al espacio en la segunda mitad del siglo XX: las revoluciones, las relaciones norte-sur, las dictaduras, la caída del bloque socialista y sus consecuencias en América Latina, las relaciones entre iglesia, estado o sociedad, el desarrollo tecnológico y el auge de los medios masivos de comunicación, las luchas de las minorías, los movimientos indigenistas y campesinos; así como la desproporcional distribución de la riqueza, la descomposición del compromiso social y comunitario, la destrucción ecológica, entre otros”. Según esto, el concepto de “Tiempospacio” es una propuesta unificadora, cuya importancia no ha sido aún aquilatada. Es una propuesta para la reflexión sobre nuevas metodologías y la exploración de territorios aún no pisados, que debe ser bienvenida.

Quiero ahora hacer algunas reflexiones sobre artículos que son más cercanos a mi especialidad. Comencemos con el de Axel Ramírez sobre la

Historiografía Chicana y más adelante abordaremos el magnífico ensayo de Leticia Reyna sobre “Movimientos indígenas y campesinos en México”.

La conciencia chicana como grupo social con identidad propia, distinta y original, surgió probablemente en los años sesenta, que fueron tan ricos en movimientos sociales en todo el mundo. En este periodo, como dice Axel Ramírez, en el que las limitaciones a la libertad de expresión se derrumbaron, los chicanos o mexicoamericanos, como algunos prefieren llamarse, pudieron hacerse escuchar en una sociedad conservadora y puritana. El movimiento chicano surgió al mismo tiempo que los movimientos de la comunidad afroamericana, de las mujeres, de los derechos civiles y del rechazo abierto de la guerra de Vietnam. Pero brotó con impulsos muy particulares, que intentaron fijar en primer lugar su presencia territorial. Según una de las tesis de la historiografía chicana, existe una región considerada como tierra natal que ha tenido una población importante y creciente, a través del tiempo, y cuyo origen se remonta a mucho antes de 1848. Otra tesis sostiene la existencia de una cultura sincrética, que según Juan Gómez Quiñones, marca la amalgamación de dos culturas en una suerte de “tercera cultura”, con características particulares, cada vez más definidas. Y por fin, la existencia de una gama de problemas que son propios a los chicanos, y exclusivos a su historia: su condición de jornaleros en un país que en un principio les es extraño; la emigración legal y la no documentada, la discriminación étnica; el choque entre estructuras familiares muy distintas, que hacen que los paradigmas de la historia chicana tenga pocas analogías con los de otros grupos étnicos en los Estados Unidos, y también en México. Entonces, según Axel Ramírez, surgió un tipo de historia acorde con esa situación: innovadora y a la vez comprometida. Una historia que rechaza la neutralidad y la existencia de una historia libre de valores. Un enfoque que arroja nueva luz, una visión sin precedente sobre fenómenos que habían sido tratados antes sólo como episodios de la historia mexicana o de la historia norteamericana. Como dice Axel Ramírez, “la historia chicana es fruto de una actitud crítica, en bien de una comunidad que lucha por su sobrevivencia”. Hubo que construir nuevas categorías o dar un sentido nuevo a las viejas. De acuerdo con el lenguaje cotidiano de la comunidad mexicanoamericana surgieron los nuevos sentidos de la Raza, el Barrio, de Aztlán, el “colonialismo interno”, “pueblo chicano”, “política chicana”, la herencia de las chicanas, Diosas y Hembras, en Estados Unidos. La revisión sintética de los principales autores y sus libros en la conformación de un cuerpo ya definido de historia chicana, resulta muy esclarecedora e interesante.

Leticia Reyna escribe un artículo que sólo puede producir una persona que, como ella, ha estado observando con finura y sin descanso la literatura

que sobre los temas de los campesinos y los indígenas se ha producido durante medio siglo. Una literatura muy abundante, si bien con grandes hoyos, carencias, silencios y frecuentes tergiversaciones ideológicas. Leticia Reyna escribe: “la gama de protesta colectiva en el campo frente a situaciones de injusticia agraria es muy amplia. Va desde las formas pacíficas de resistencia cotidiana como la organización para realizar trámites legales, apoyos y negociaciones con otros grupos sociales, hasta las formas violentas para enfrentar a los representantes del sistema económico y político. Pueden presentarse —continúa la autora— como tomas de tierras o de oficinas gubernamentales, o bien como movimientos armados de corta o larga duración, en forma de levantamientos, rebeliones o guerrillas. Todas ellas, situaciones que forman parte de un mismo proceso de movilización campesina si analizamos un grupo étnico o agrario en la larga duración”. Esta forma de concebir los movimientos agrarios en todas sus manifestaciones, en tiempos que pueden ser muy cortos o muy largos, sin separar el litigio más o menos legal y la confrontación violenta, todo eso en una visión de larga duración, saca repentinamente al campesino-indígena, o al indígena-campesino, o por fin, al campesino y al indígena, de la penumbra que hasta ahora lo cubrí. Revela una continuidad que probablemente arranca desde la aparición de las sociedades tributarias, basadas en la explotación del *macehual*, que es también campesino en el México antiguo, hasta el levantamiento de los zapatistas en 1994, que decidieron, como dicen ellos mismos, “declarar la guerra al gobierno mexicano”, por la inaguantable situación en que estaban. En eso hay una historia paralela a la historia de las clases dominantes y sus opositores urbanos o casi urbanos. Un sujeto y una historia llenos de fuerza, que produjo alianzas bizarras y frecuentes entre campesinos e intelectuales, entre campesino y clase media, cuando ésta entraba en la lucha. En esas alianzas, los campesinos nunca perdieron sus perspectivas propias, y siempre en un momento determinado, fueron abandonados o traicionados por sus aliados temporales.

En eso cabe recordar la experiencia colonial. De los innumerables documentos que han ido descubriéndose, sobre situaciones locales y regionales en las tesis y estudios basados en amplias revisiones de archivos, que se encuentran en un estado mucho mejor que los del siglo XIX, se ha ido descubriendo una realidad que echa por tierra la tesis de la *Pax colonial*. Los tres siglos de la colonia fueron todo menos pacíficos. Comparados con la historia antigua precortesiana, hay menos guerras étnicas, menos construcción de imperios, pero no pasa un año sin que, en uno o varios lugares de la Nueva España, surjan conflictos significativos, entre españoles e

indígenas, o, si se quiere, entre campesinos y hacendados, o campesinos y autoridades virreinales.

Las causas pueden ser muy diferentes, pero en la inmensa mayoría de los casos, son un conflicto entre españoles e indígenas, o entre españoles y africanos, cimarrones escapados o liberados de la esclavitud. Frecuentemente los rebeldes sueñan en reconstruir el estado de cosas que existía antes de la Conquista, o los poderes tribales que existían en África. El odio entre españoles por un lado, indios y negros por el otro, se alimenta incesantemente a través de estas justas, y al fin explotará en la revolución de Independencia. Los indios pueden no tener una idea política clara de lo que significa la Independencia de la Metrópolis, pero en los años cruciales del ejército de Hidalgo y de las guerrillas de los años siguientes, saben perfectamente una cosa: quieren a los españoles fuera de México. ¡Mueran los gachupines! era uno de los lemas más comunes.

Leticia Reyna plantea certeramente y reseña las diferentes corrientes historiográficas que existen sobre el problema de la diferencia entre campesino e indígena, y los fuertes lazos que unen a los movimientos de unos y otros en algo más grande. Y aquí, cabe hablar, de que en la vida cultural y política de México, desde hace siglos, han existido latentes dos opciones de modernización.

Algunos autores no lo comprenden así y hablan de unos campesinos que hicieron una Revolución porque no querían cambiar. Según eso, durante el siglo XIX y la primera mitad del XX, la opción liberal de progreso y modernidad vinculada al capitalismo era la única existente, la única coherente, mientras que los comuneros representaban una visión conservadora o a lo máximo, milenarista del futuro. Nosotros no compartimos esta tesis. En los encuentros frecuentes entre campesinos y clases medias, que también tenían interés en una reforma agraria contra los hacendados y la iglesia terrateniente de manos muertas, se fue conformando una ideología y una práctica que es un fenómeno muy mexicano: el *agrarismo*. Pero basta posar nuestra mirada sobre el este de Europa y Asia para descubrir que hay un populismo campesino que ha dado origen a grandes cambios y que sin duda tiene paralelos claros con nuestro agrarismo. Un agrarismo que es un proyecto de nación, no tan elaborado como el de la modernización capitalista liberal, pero muy humano, igualitario y solidario. Al fin y al cabo, también el liberalismo modernizador ha fracasado parcialmente mientras que el agrarismo ha dejado profundos rastros en la fisonomía de nuestro pueblo.

Esta corriente que se inicia con la Independencia y que tiene su momento culminante en la Revolución de 1910-1940 y en el cual se inscriben los nombres de pensadores como Ponciano Arriaga, Winstano Luis Orozco,

Andrés Molina Enríquez, Luis Cabrera, Emilio Vázquez Gómez; de militantes cultivados como los hermanos Flores Magón, Antonio Soto y Gama y por fin, de los grandes dirigentes campesinos como Emiliano Zapata, Rubén Jaramillo y en cierta manera, Pancho Villa, se mantiene vivo como alternativa de desarrollo en la obra de Lázaro Cárdenas y los hombres que lo rodearon y sobre todo en generaciones sucesivas de luchadores campesinos e indígenas. El agrarismo, en México, como el populismo campesino en otras partes del mundo, fue vencido pero no por eso dejó de marcar profundamente la conformación del México moderno.

*Enrique Semo**

* Profesor Emérito de la Universidad Nacional Autónoma de México.

IBEROAMERICANA

AMÉRICA LATINA ESPAÑA - PORTUGAL

Ensayos sobre letras
historia y sociedad
Notas. Reseñas
iberoamericanas

IBEROAMERICANA es una revista interdisciplinaria e internacional de historia, literatura y ciencias sociales, editada por el Instituto Ibero-Americano de Berlín (IAI), el GIGA - Instituto de Estudios Latinoamericanos de Hamburgo y la Editorial Iberoamericana / Vervuert, Madrid y Frankfurt.

IBEROAMERICANA aparece en forma trimestral e incluye cuatro secciones: **Artículos y ensayos** de crítica literaria y cultural, historia y ciencias sociales. Los **Dossiers** que en cada número se dedican a un tema específico. El **Foro de debate** con análisis de actualidad, comentarios, informes, entrevistas y ensayos. **Reseñas y Notas bibliográficas.** ÚLTIMOS NÚMEROS PUBLICADOS: **Nº 34:** La otra cara de la inmigración: imágenes del latinoamericano en el cine español contemporáneo. **Nº 35:** Realidad y ficción del narcotráfico en Colombia: análisis historiográficos, socioeconómicos y literarios. **Nº 36:** Nanofilología: todo el universo en una sola frase. **Nº 37:** Sujetos en emergencia: nueva crítica de la modernidad peruana.

Suscripción anual (4 números):

€ 80 Instituciones y Bibliotecas,

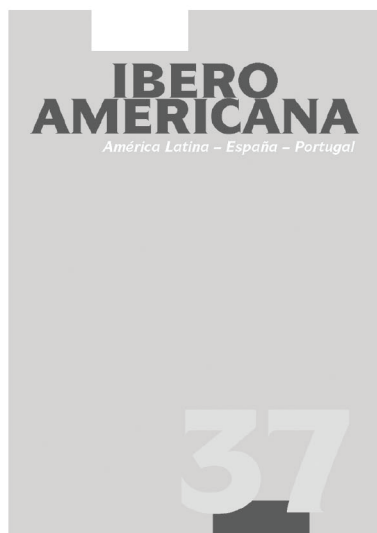
€ 50 Particulares

€ 40 Estudiantes

Número individual

€ 20

(gastos de envío no incluidos)



IBEROAMERICANA Editorial Vervuert, Amor de Dios, 1 – E-28014 Madrid, Tel.: +34 91 429 35 22 / Fax: +34 91 429 53 97 - **VERVUERT** Verlagsgesellschaft, Elisabethenstr. 3-9 D-60594 Frankfurt am Main, Tel.: +49 69 597 46 17 / Fax: +49 69 597 87 43
info@iberoamericanalibros.com - www.ibero-americana.net

Derechos Reservados

Citar fuente - Instituto Panamericano de Geografía e Historia

Edición del
Instituto Panamericano de Geografía e Historia
realizada en su Centro de Reproducción
Impreso en CARGRAPHICS
RED DE IMPRESION DIGITAL
Av. Presidente Juárez N° 2004
Col. Fracc. Industrial Puente de Vigas
Tlalnepantla C.P. 54090
Edo. de México
Tels: 5390-9709 5390-9711
2010